

Martin Daly y Margot Wilson

HOMICIDIO

Prefacio

Matar a nuestro antagonista es la técnica extrema para resolver un conflicto; nuestros ancestros lo supieron desde mucho antes de ser seres humanos. El homicidio es, por supuesto, un tema de vida o muerte para sus protagonistas, pero encierra además un profundo interés para quienes están directamente involucrados. De hecho, puede sostenerse que, frente a otros problemas sociales, invertimos una cantidad desproporcionada de atención, dinero e investigación en esclarecer, juzgar e informar homicidios. Vemos que el público consume con avidez casos criminales reales, y que la función policial es aún más popular. Sin embargo, tenemos el más rudimentario conocimiento científico acerca de quién es capaz de matar y por qué.

Psiquiatras y psicólogos han intentado caracterizar la mente de “el asesino”, pero éste ha permanecido como una figura indefinida, verdaderamente ilusoria: muchos asesinos resultan ser sujetos ordinarios y se ha progresado mucho más al intentar explicar sus acciones en términos de la cultura y las circunstancias que en términos de personalidad y psicopatología. Pero el hecho de que el homicidio sea una potencialidad conductual de la gente “normal” no significa que una interpretación psicológica sea superflua, del mismo modo que la normalidad de la sexualidad no implica que podamos obviar su estudio psicológico. ¿Cómo hacen las personas para sopesar los intereses de los otros frente a los propios? ¿En defensa de qué o de quién una persona normal puede matar? ¿Cómo se originan las valoraciones mutuas y cómo influyen sobre nuestra predisposición para infligir daño? ¿Cuándo están las personas normales que enfrentan un conflicto preparadas para contemplar la posibilidad de violencia y por qué?

Este libro es un ejercicio de “psicología evolucionista”: un intento por entender ciertas motivaciones sociales normales en tanto productos del proceso de evolución por selección natural. Sencillamente, hoy no hay duda de que éste es el proceso que creó la psique humana, y todavía los psicólogos rara vez se preguntan qué implicaciones puede tener este hecho para su disciplina. Nosotros pensamos que son muchas y profundas cuando tocamos temas tales como el afecto y el rechazo parental, la rivalidad entre hermanos, las diferencias sexuales en

intereses e inclinaciones, las comparaciones sociales, las motivaciones para acciones exitosas, nuestro sentido de la justicia, el cambio de actitudes a lo largo de la vida y la fenomenología del *self*.

Cuando empezamos este proyecto, ocho años atrás, no era el homicidio nuestro interés específico. En realidad, estábamos interesados en la aplicabilidad de la teoría evolutiva contemporánea al análisis de las motivaciones humanas y a la percepción del interés propio; también nos interesaba dónde y por qué los intereses individuales entran en conflicto. Dudábamos de la utilidad de los métodos de investigación psicológica usuales (cuestionarios, experimentos psicosociales planificados, etc.); queríamos saber más sobre aquellos conflictos que son al mismo tiempo genuinos y graves. Los asesinatos, obviamente, satisfacían esta exigencia en ambos aspectos y también parecían estar excepcionalmente bien documentados. Entonces empezamos leyendo literatura sobre homicidios, buscando respuestas a preguntas como “¿qué factores demográficos están asociados con el riesgo de filicidio, parricidio y fratricidio?” o “¿bajo qué circunstancias los hombres matan a sus esposas?”. Para nuestra sorpresa, las respuestas simplemente no estaban allí.

Paulatinamente llegamos a la conclusión de que el conjunto de los datos sobre homicidios había sido estudiado por los sociólogos en busca de explicaciones en la estructura social para tasas variables, y por los psiquiatras en busca de síndromes en los casos individuales de homicidio, pero prácticamente nadie se había acercado al análisis de los homicidios a la luz de *algún* tipo de teoría de conflicto interpersonal, evolucionista o de otro tipo. Nadie había comparado una distribución observada de las relaciones víctima-victimario con algún tipo de distribución “esperada”, ni se había preguntado sobre patrones de disparidades etarias del victimario-víctima en matanzas familiares, ni había llevado a cabo alguno de las docenas de tipos de análisis que se encontrarán en este libro. Creemos que una aproximación psicológica evolucionista proporciona una visión y comprensión más profunda de la violencia del homicida.

MARTIN DALY
MARGOT WILSON

1. Homicidio y naturaleza humana

(fragmento)

¿Por qué las personas se matan entre sí? Muchos escritores confirmaron iluminar el oscuro tema de la violencia mediante una teorización sobre la naturaleza humana. Sus teorías parecen haber tenido más éxito para provocar hostilidad que para explicarla. Distintos pensadores, desde San Pablo a Konrad Lorenz, han sido criticados, con considerable justicia, por moralización misantrópica, por circularidad lógica y por defender los intereses de los privilegiados. Nosotros pensamos que hay herramientas conceptuales disponibles para hacer una tarea mejor.

El desagrado mismo que genera la violencia obstruye el análisis objetivo, al inspirar “explicaciones” que en realidad no son más que juicios de valor. La disposición a la violencia es regularmente interpretada, por ejemplo, como “primitiva” o “inmadura”. Cada una de estas etiquetas parece a simple vista implicar una teoría coherente sobre el origen de la violencia. Pero, aun si uno considera el argumento y acepta el dudoso concepto del “primitivismo”, no existe, de todos modos, un soporte empírico para la afirmación de que la violencia es más característica de las formas “primitivas” –sean culturas, especies o lo que fuere– que de las “avanzadas”. En lo que concierne a la “inmadurez”, la violencia potencialmente letal –en el *homo sapiens* como en la mayoría de las criaturas conocidas–, es de la virtualmente exclusiva competencia de los adultos, no juveniles, y no hay una sola evidencia de que las personas violentas sean producto de algún tipo de interrupción en el desarrollo. Estas etiquetas se presentan como teorías, pero no son más que una fácil desvalorización. Éstas revelan más sobre los prejuicios de quienes las proponen que sobre las causas de la violencia y son peores que cualquier teoría que pueda esbozarse.

La manifiesta insuficiencia de estas explicaciones simplistas ha llevado a la mayoría de los científicos que estudian la violencia a apartarse de las teorías generales. ¿Por qué las personas se matan entre sí? Surgen a esto cientos de respuestas, cada una limitada en su dominio pero pasibles de ser sometidas a la investigación... Porque las personas violentas fueron a su vez abusadas en la infancia. Por la envidia engendrada por las injusticias sociales. Porque las penas no son lo suficientemente severas. Por los tumores cerebrales, los desequilibrios hormonales, las psicosis inducidas por el alcohol. Porque las armas modernas desvían las inhibiciones y empatías naturales del cara-a-cara. Porque la televisión está llena de violencia.

Cada una de estas respuestas puede ser utilizada para generar hipótesis que podrían ponerse a prueba. Así, algunos investigadores comparan asesinos convictos con grupos de control no violentos,

buscando diferencias objetivamente mensurables en la psicología, en la personalidad, o en la crianza. Otros predicen que podrán encontrarse diferencias particulares, culturales o demográficas, asociadas a tasas diferenciales de violencia si se comparan naciones o ciudades. La investigación prolifera. Los investigadores emprenden sus carreras en clara defensa de una u otra hipótesis o “modelo”. Y hay, sin duda, algo de verdad en todas ellas, pues raramente son formuladas como alternativas. Cualquiera de las hipótesis anteriores, por ejemplo, puede ser sostenida o refutada por una prueba empírica, pero esto no nos permitiría saber más sobre la validez de las otras. Una respuesta trata de caracterizar las emociones que motivan la acción homicida; otra invoca antecedentes evolutivos. Un teórico explica la acción humana en términos de la anticipación de recompensas y castigos, mientras que otro invoca andrógenos o endorfinas. Cada uno hace referencia a una pequeña parte de lo que queremos saber cuando nos preguntamos por qué.

Nosotros creemos que todavía hay un lugar –en realidad, una necesidad– para una perspectiva más abarcadora, una que dé cuenta de la violencia en el marco de una teoría general bien fundada de la naturaleza humana. Creemos, además, que la base de tal teoría está ya disponible en una teoría general, existente, de la naturaleza de la vida. Esta teoría general fue planteada por primera vez hace más de cien años y es en la actualidad tan legítimamente controvertida como, digamos, la teoría atómica (después de todo, sigue siendo “tan sólo una teoría” sobre la naturaleza de la materia). En otras palabras, tenemos tanta certeza respecto del modo en que la ciencia aprehende algo, que es claro que la teoría en cuestión es básicamente correcta. Es la base de todas las ciencias de la vida desde la biología molecular hasta la ecología comunitaria, y, sin embargo, su relevancia sigue siendo vergonzosamente despreciada por las ciencias sociales. Nos referimos, por supuesto, a la teoría de la evolución por selección natural de Darwin.

))((

2. Matar parientes (fragmento)

En la mitología de muchas culturas, el homicidio primordial fue un fratricidio. Los antagonistas, frecuentemente, son retratados como el primer par de hermanos en la historia del mundo. Según este relato, todavía contado y disfrutado en nuestra sociedad, el asesino Caín estaba resentido por el mayor éxito de su hermano menor, Abel, en

obtener favores de su Dios; su conflicto es retratado, además, como el de un pastor y un agricultor, tal como es propio de la etiología del Cercano Oriente en esta particular variante. En historias similares de otras culturas, la disputa concierne a la herencia o a las mujeres o a la envidia por las habilidades del hermano.

En realidad, no interesa si estos relatos de violencia fraternal tienen una base real; tampoco es demasiado importante si fueron inventados separadamente o se extendieron de una sociedad a otra. Cualesquiera sean sus orígenes, es reveladora su persistente presencia. Llamen la atención sobre un aspecto de la experiencia humana: sin duda, los hermanos pueden ser feroces competidores, y cuando son hombres importantes, sus conflictos pueden tener tristes consecuencias para los otros que forman parte de su esfera social.

Pero los conflictos homicidas en el marco de la familia se extienden, potencialmente, mucho más allá de las rivalidades entre hermanos. De acuerdo a la influyente teoría de Freud sobre el complejo de Edipo, la necesidad de matar al propio padre es un elemento normal, tal vez universal, de la conciencia masculina. Pero las mujeres no necesitan sentirse relegadas: varios escritores han insistido en que las niñas normales están igualmente interesadas en matar a sus madres. Y, por supuesto, los padres son acusados ampliamente de corresponder con inclinaciones asesinas propias. No es de extrañar, entonces, que “la preocupación” central de la infancia, de acuerdo con la psicoanalista infantil Dorothy Bloch (1978), resulte ser nuestro temor a que nuestros padres decidan ¡matarnos!

Si les creemos a los científicos sociales, estos impulsos asesinos dentro de la familia no son simplemente producto de nuestras fantasías, sino que también se manifiestan en la práctica. De acuerdo con Richard Gelles y Murria Straus (1979), probablemente los investigadores actualmente más conocidos en violencia familiar en los Estados Unidos:

La familia es el sitio más frecuente de todo tipo de violencia, que va desde los cachetazos a las palizas, la tortura y la muerte. Los estudios del homicidio saben muy bien que la mayor parte de los asesinatos se dan entre miembros de la misma familia, más que cualquier otra categoría de relación entre asesino y víctima... De hecho, la violencia es tan común en la familia que hemos dicho que es al menos tan típica de las relaciones familiares como el amor. (p.188.)

Todo esto es bastante desconcertante desde la perspectiva de la teoría evolucionista. Se supone que el “objetivo” último del mecanismo psicológico desarrollado de cualquier criatura es incrementar la “aptitud inclusiva” individual (Hamilton, 1964), una cantidad que hace referencia a la contribución individual focal a la proliferación de copias de sus genes. La selección, tanto “natural” como “sexual”, favorece solamente aquellas características que contribuyen a la aptitud, porque la selección es un éxito diferencial en la replicación de genes. La propia

aptitud puede ser promovida tanto por la reproducción personal como por la promoción de las expectativas reproductivas de parientes genéticos. La hija de Ego, por ejemplo, es portadora de la mitad de los genes de Ego por descendencia directa; pero la hermana de Ego porta la mitad de los genes de Ego (en promedio) en virtud de su descendencia de los mismos padres. Desde la perspectiva de Ego, entonces la reproducción a través de una hija tendrá idénticas consecuencias a la reproducción a través de una hermana, al replicar una proporción igual del genotipo de Ego cada una. Las dos parientes tienen el mismo “valor” para Ego como vehículos de aptitud, y uno podría, por tanto, anticipar que el mecanismo motivacional evolucionado de Ego debería ser tal como para apreciar a ambos (aunque tal vez no por igual. La ecuación precisa se complica por cambios en el valor aptitudinal en función de la edad y por el hecho de que la paternidad no es indudable, de tal modo que una “hermana” puede ser tan sólo una media hermana. Estos son temas sobre los que volveremos.

En otras palabras, la selección natural genera “nepotismo”: la inclinación a discriminar a favor de los parientes de sangre. Sin duda, a veces es conveniente dividir *toda* la acción adaptativa en dos categorías, acumulación de recursos y nepotismo, esta última referida al gasto de los propios recursos con el objeto de crear parientes genéticos y promover su aptitud. Entonces, si el mecanismo motivacional de todas las criaturas evolucionó hacia la generación de una conducta que es efectivamente nepotista, ¿cómo es posible que matemos a nuestros parientes?

))((

5. Parricidio

Matar padres

(fragmento)

En un sentido profundo, gestar y criar niños es el sentido de la vida y la meta de todos los esfuerzos. Un niño es un boleto para la lotería de la selección natural. Las cualidades humanas más básicas han surgido y persistido solamente en virtud de sus contribuciones al éxito en esa lotería. Aún así, como se desprende de los últimos dos capítulos, de ninguna manera los niños son percibidos siempre como bendiciones.

En cualquier especie que se reproduzca sexualmente, como la nuestra, los padres y su prole no son genéticamente idénticos, con el resultado de que el curso ideal de acción para los intereses aptitudinales de una de las partes muchas veces no es lo óptimo para la otra. En este sentido, la relación padres-prole es como cualquier otro

vínculo de sangre: las dos partes tienen una comunidad fundamental de intereses en virtud de su vínculo, pero así también un potencial de conflicto. La arena central del conflicto padres-prole está relacionada con la asignación de los esfuerzos y recursos parentales, puesto que la asignación ideal, desde la perspectiva de la prole, casi siempre difiere de la que satisface a los padres.

La lógica del conflicto padres-hijos

Un simple ejemplo numérico puede ser utilizado para explicar la lógica del conflicto. Imagine que usted y un hermano han sido criados por una madre igualitaria e imparcial, con el resultado de que usted en este momento tiene el mismo “valor aptitudinal” (potencial reproductivo esperado futuro). Suponga además que su madre llega a casa con dos partidas de alimentos y que usted (y su hermano) pueden mejorar su actual valor aptitudinal consumiéndolos. Ahora sigue una suposición crucial: el beneficio que usted obtiene por consumir los recursos parentales muestra utilidades decrecientes. (Ésta puede parecer una suposición arbitraria pero, de hecho, está realizada bajo una amplia gama de condiciones realistas, tales como que la primera prioridad es evitar la inanición, o que su capacidad para acumular energía o nutrientes es limitada.) Entonces, podemos sostener que al consumir la primera partida usted incrementará su valor aptitudinal en 4 unidades y que, al consumir la segunda, usted lo aumentará en 3 unidades adicionales. ¿Su hermano tiene la misma capacidad para utilizar estos bienes? ¿Quién debería recibirlos entonces?

Si su madre tiene las cosas claras, entonces el botín será dividido en partes iguales. Si usted y su hermano consumen una partida cada uno, el valor aptitudinal total de la progenie de la madre se incrementará en 8 unidades, mientras que si alguna de las partes monopoliza ambas partidas, el beneficio será sólo de 7. Pero *la perspectiva de usted debería* haber evolucionado a una posición ligeramente diferente. Su hermano es un potencial replicador de sus genes pero no tan eficiente como usted mismo; usted percibe que la unidad de aptitud que *usted* gana es el doble de valiosa que la ganada por su hermano. El beneficio neto para su aptitud inclusiva es de 6 unidades si mamá es equitativa y de 7 si usted puede tomarlo todo. Desafortunadamente, el punto de vista de su hermano es tan egoísta como el de usted. (Este argumento supone una paternidad común y una relación entre los hermanos de $r = 0,5$. Pero en el caso de que ustedes sean tan sólo medio hermanos por parte de madre, entonces su idea de la equidad será aún más tendenciosa.)

En beneficio de la claridad, este ejemplo es exageradamente específico. De todos modos, las implicaciones del argumento –no valorado antes del análisis de Robert Triver (1974) sobre el “conflicto padres-prole”– son sorprendentemente generales. La primera de ellas

es que cada descendiente deseará rutinariamente una parte mayor de la inversión parental de lo que sería ideal desde la perspectiva de los padres. En el ejemplo anterior imaginamos una contienda pareja entre hermanos rivales, pero la situación es la misma cuando los jóvenes difieren en edad y valor presente para los padres y aún cuando la crianza de uno no se superpone con la del próximo en absoluto; al acceder a las demandas de los descendientes, un padre estaría en efecto sustrayendo recursos de otras vías de aptitud y la distribución ideal de los padres nunca coincidirá con la de los hijos (excepto en el excepcional caso límite en el que las dos partes acuerdan que el niño no recibirá nada). Una consecuencia esperada de este análisis es que padres e hijos no van a estar de acuerdo acerca del momento en que un niño debe ser destetado, una expectativa que es claramente satisfecha. Pero, más generalmente, es esperable que la magnitud de la inversión parental en un hijo sea un punto de contienda a lo largo de todas las etapas de la vida.

En el ejemplo numérico, cada hijo se valora a sí mismo por encima de su hermano, mientras que los padres valoran a los dos por igual. Mientras estas valoraciones parentales exactamente iguales no son esperables; en general nos encontraremos con que el interés de los padres será estimular a sus hijos a valorar a sus hermanos en un grado mayor del que están espontáneamente inclinados a hacerlo. Así, se espera que los padres supriman y castiguen el conflicto abierto entre hermanos y premien la solidaridad y el altruismo entre sus hijos. Además, tal como lo analizó Trivers (1985), las perspectivas de padres e hijos acerca de otros parientes también son diferentes. Para el padre P , por ejemplo, su hijo C es dos veces más valioso ($r = 0,5$) que su sobrino o sobrina N ($r = 0,25$). No obstante, desde la perspectiva de C , N es un primo ($r = 0,125$) cuyo valor asciende a un octavo del de sí mismo ($r = 1,0$). Un cálculo similar se aplica a otros parientes colaterales. Por ello es que podemos esperar que los padres también consideren a sus hijos demasiado centrados en sí mismos y los estimulen a ser benevolentes con aquellos familiares colaterales que los niños están relativamente inclinados a desdeñar.

Puesto que la asistencia parental a los jóvenes es una empresa cooperativa que incrementa la aptitud de ambas partes, se sigue que los jóvenes habrán desarrollado medios para comunicar sus necesidades a padres sensibles. Pero la no identidad de los intereses aptitudinales sugiere que la selección va a inclinar a la descendencia a exagerar sus necesidades (y su calidad). Cuando están confrontados a la amenaza de que inversión parental se aporte en beneficio de un hermano menor, los niños pueden exagerar su propia dependencia y necesidad mediante una "regresión". En un estudio sobre 40 niños ingleses exactamente después del nacimiento de hermanos menores (Dunn y Kendrick, 1982), por ejemplo,

Veintiocho madres notaron señales de regresión. En 15 niños éstas fueron leves. Ocasionalmente, habla infantil, demandas de ser alzados o de ser alimentados. Para los otros 13 niños hubo definitivamente un paso regresivo en cuanto al entrenamiento para ir al baño, o la insistencia en ser alimentado por un niño que previamente comía solo, y así sucesivamente. (p. 30.)

Esta especie de guerra psicológica de parte de los niños plantea, en cambio, presiones selectivas para cualquier contra-estrategia parental que efectivamente desestime la propaganda y contribuya a una correcta determinación de las verdaderas necesidades y calidades de un hijo. En general, se espera que cada parte recurra a cualquier medio disponible para manipular la conducta de la otra en la dirección del punto óptimo propio, ya sea mediante el engaño, la coerción o las simples quejas. Los niños, por ejemplo, pueden imponerse a los padres que son reticentes o lentos para responder, a través de pretextos disuasivos o de berrinches. Pero, por lo general, son los padres los que, en virtud de su mayor tamaño y experiencia, poseen el mayor arsenal de palos y zanahorias. Tal como lo señaló Richard Alexander (1974), sostener una batalla perdida de voluntades no beneficia a ninguna de las partes, y es por ello de esperar que los niños hayan desarrollado “tendencias a aceptar a la disciplina parental”. Trivers (1985) está de acuerdo (véase también Slavin, 1985), y añade este punto interesante:

Esperamos que la adolescencia sea un tiempo de reorganización de la identidad. Puesto que las señales de la adolescencia anuncian la independencia del hijo, éste no tiene que someterse más a las demandas parentales; en caso de que continúe respondiendo a los deseos parentales que no están en armonía con su propio interés, reducirá su propia aptitud inclusiva. Sin embargo, esperamos que los individuos en este momento reorganicen sus personalidades de tal manera que reflejen con mayor exactitud su propio interés. (p. 164)

Matar padres

En la tarde del domingo 2 de enero, la víctima (un hombre de 46 años), fue asesinado en su casa de un disparo a corta distancia. El asesino (un joven de 15 años) era el hijo de la víctima y la circunstancia era familiar a los investigadores de la policía.

La víctima, empleada como soplador de vidrio, tenía una historia criminal que incluía dos condenas por asalto. El hogar era el escenario de violencia recurrente, en el que la víctima había atacado a su esposa e hijos y los había amenazado con la misma arma que eventualmente lo mató, con la que le había disparado a su esposa en el pasado. El domingo fatal, la víctima estaba alcoholizada, insultando a su esposa, llamándola “famera” y “prostituta” y golpeándola, cuando su hijo actuó para concluir con una larga historia de abusos.

Detroit, 1972, caso 6

Nuestra muestra de un año de homicidios de Detroit incluye cuatro casos en los que adolescentes mataron a sus padres. Tres fueron cometidos por hijos y uno por una hija de 13 años. Los cuatro eran muy similares. En todos los casos, la eventual víctima estaba golpeando a su esposa, no por primera vez, cuando el adolescente tomó el arma familiar y exigió que finalizara la golpiza.

Una evidencia limitada sugiere que el patricidio adolescente sigue típicamente el modelo de Detroit. Corder y otros (1976) revisaron los informes psiquiátricos de una muestra de adolescentes acusados de asesinato en Carolina del Norte e informaron: "Los seis pacientes, acusados de asesinar a sus padres, provenían de hogares en los que el padre era un alcohólico crónico severamente abusivo tanto con el paciente como con su madre" (p. 960). Russell (1984) describe cuatro "patricidas" (uno de los cuales es un padrastro) en un estudio similar sobre asesinos juveniles en Massachussets. Otra vez, en los cuatro casos "los padres eran personajes brutales" (p. 186).

Un asunto completamente diferente parece ser el de los matricidas adolescentes. Las madres asesinadas no han sido típicamente abusadoras físicas con sus eventuales asesinos, si bien pudieron haberlo sido psicológicamente. En el único caso de Detroit, la asesina (una joven de 18 años) fue considerada insana, un veredicto que no se repitió en ninguno de los cuatro parricidios.

El parricidio (el asesinato de la propia madre o del propio padre) está más concentrado en los padres que en las madres, y esto es especialmente cierto cuando comparamos asesinos adolescentes y adultos. En Canadá, entre 1974 y 1983, por ejemplo, los padres superaron a las madres por 41 a 13 como víctimas de homicidios de sus hijos adolescentes (por tanto, comprendieron el 76% de las víctimas de parricidios adolescentes) y por 69 a 49 como víctimas de sus hijos de 20 años o más (58% de estas víctimas). En vista de la provocación abusiva de muchas víctimas de patricidio, no es sorprendente el mayor número de adolescentes patricidas que matricidas. También pudo ser anticipado por cuestiones de dudas respecto de la paternidad, que puede ser un factor tanto de la hostilidad y abuso de la víctima como de la presteza del adolescente patricida para defender con violencia a la madre, el padre más cierto. La diferencia es tanto más apabullante si se toma en cuenta el mayor acceso de los adolescentes a sus madres y la mayor capacidad de autodefensa y de intimidación de los hombres.

Una asimetría en la valoración

Padres y niños están relacionados por igual unos con otros, pero de esto no se concluye que cada uno de ellos haya evolucionado para estar igualmente preocupado por el bienestar del otro. Tal como lo discutimos en el capítulo 4, teóricamente podemos esperar que la valoración que hacen los padres de sus hijos se acreciente con el correr

del tiempo, al menos hasta la madurez de éstos. El hecho de que el valor reproductivo varía con el tiempo significa que las valoraciones mutuas entre individuos son igualmente inestables. Desde el punto de vista de A, el valor de B como vehículo potencial de la aptitud de A es el producto de la relación (r) con A por el valor reproductivo de B (RV), o sea ($r_{AB} \times RVB$). Desde la perspectiva de B, el valor de A es el producto del mismo coeficiente de relación por el valor reproductivo de A ($r_{AB} \times RA$). Si el valor reproductivo de A excede el de B, y ambos son familiares, se concluye que B puede estar más dispuesto a incurrir en costos –riesgo para la propia vida, por ejemplo– en beneficio de A que a la inversa. (Es probable que los efectos de esta solicitud asimétrica aumenten la ventaja de A, posiblemente hasta el punto de que el mejor proceder de B sea renunciar a la reproducción personal por completo y convertirse en un “ayudante” célibe. Cuando la dote o algún otro recurso para el status reproductivo es difícil de obtener, los padres pueden manipular a uno o más hijos para que subordinen sus intereses al de los hermanos. En determinadas circunstancias, los padres pueden ser capaces de inclinar la balanza tan efectivamente durante una etapa temprana que el rol del ayudante se convierte en el mejor camino para el hijo manipulado, y continúa siendo tal aún después de que cesaron las presiones parentales.)

En virtud de su mayor valor reproductivo, un hijo mayor será típicamente más valioso para un padre que envejece que a la inversa. Previamente sugerimos que semejantes valoraciones interindividuales constituyen una causa determinante en la probabilidad de que se empleen tácticas peligrosas cuando dos personas se encuentran en conflicto. En particular, esperaríamos que el individuo menos valorado esté en mayor riesgo. Una predicción obvia, entonces, es que los hijos van a matar a sus padres con mayor frecuencia que a la inversa. De todos modos, tenemos que excluir a los niños jóvenes de esta proposición, básicamente porque su relativa indefensión los convierte más probablemente en víctimas que en agresores, más allá de la relación con el adulto involucrado, y también porque el valor reproductivo del padre bien puede exceder al del niño en esta etapa. Al regresar a nuestra muestra de un año de homicidios en Detroit, encontramos que esta predicción está claramente sustentada: tan sólo 2 padres mataron a su hijo adulto (por lo menos 16 años), mientras que 9 padres fueron asesinados por hijos adultos.